

ción del alma las mieles que acendran las virtudes del soñado vergel de religiosos. Las lágrimas que entonces vertimos hondamente embargados por la tristeza y el dolor al dejar el santuario de la Candelaria, serán disculpadas por el amor sincero que nos vincula al Desierto, como lo fueron igualmente las de Boabdil, al perder para siempre el mágico edén de su palacio de la Alhambra.

LUIS ALBERTO CASTELLANOS, M. A.
Colegial.

VIDA DE PITÁGORAS

Al señor don Manuel D. Cristinides, presidente de la Sociedad pitagórica de Nueva York.

Grecia, que debe a Jonia su primer poeta, le debe también sus primeros filósofos. En la misma costa del Asia Menor donde nació Homero, nacieron Tales y Anaximenes, Anaximandro y Heráclito; y, en una de esas islas colocadas por la Providencia como corona de perlas para adorno de esa isla tan mimada, nació el más grande filósofo que produjo la humanidad antes de Sócrates, el samio Pitágoras.

De la vida de Pitágoras y de las doctrinas propias del maestro, se sabe muy poco. Los antiguos historiadores griegos hablan de la sociedad pitagórica más bien que de su ilustre fundador, y en los escritos de Aristóteles se halla mencionado Pitágoras tan sólo dos o tres veces.

Es muy probable que nació Pitágoras en Samos; pero Aristóxenes (1), Teopompo (2) y Aristarco (3) lo hacen nacer en Lemnos, de una familia de origen tirio, como lo era la población de esa isla, hasta el tiempo en que fue ocupada por los atenienses. Obligada a expatriarse, habría venido su familia a establecerse en Samos, que llegó a ser desde entonces la patria adoptiva de Pitágoras. Esta opinión, sin embargo, no halló creencia entre los antiguos, los cuales, casi unánimemente, consideran a Samos como a la patria del filósofo.

El padre de Pitágoras, Mamarco o Mnesarco, era grabador según algunos, comerciante según otros. Piensa Chaignet (4) que pueden consiliarse las dos opiniones, y que Mamarco, siendo grabador de anillos de oro (δακτυλιόγλυφος), industria floreciente entre los antiguos, tenía con el Oriente y el Egipto un comercio considerable de oro y de piedras preciosas. Y esto explicaría los viajes que tanto él como su ilustre hijo tuvieron que emprender, pues, según una tradición asaz general, habría visitado Pitágoras no solamente el Egipto sino también el Oriente, Babilonia y las Indias.

(1) Aristóxenes, filósofo griego peripatético, nacido en Taranto. Fue discípulo de Aristóteles. De él nos quedan unos fragmentos publicados en el *Fragmenta historicum graecorum*.

(2) Teopompo, orador e historiador griego, nacido en Chío en 378 antes de J. C. Murió en 305. Escribió una *Historia de Grecia* en doce libros, que era continuación de la de Tucídides.

(3) Aristarco, famoso gramático y crítico griego, nacido en la isla de Samotracia hacia 160 antes de J. C. Abrió en Alejandría una escuela de filología. Se le atribuyen hasta 800 libros.

(4) Chaignet, escritor francés (1818-1901), fue profesor de literatura en la Universidad de Poitiers. Es autor de muchas obras sobre la filosofía griega: *De la psychologie de Platon* (1862); *La vie et les écrits de Platon* (1871); *Pythagore et la philosophie pythagorecienne* (1873); *Essai sur la psychologie d'Aristote* (1884), etc.

Según Porfirio (1), la madre de Pitágoras se llamaba Pitais, y era descendiente de Anceo, fundador de la ciudad de Samos. No se sabe con certeza la fecha exacta en que nació Pitágoras. Según Le Nauze, Pitágoras habría nacido en el año 640, habría emprendido sus viajes en 622, vuelto a Samos en 600, para trasladarse casi inmediatamente a Italia, donde habría muerto en 550. Pero varios críticos, y entre ellos Fréret, probaron, con rigor matemático, que tales datos eran inexactos, de suerte que se cree hoy que nació Pitágoras entre los años 580 y 576 antes de Jesucristo. Según Eusebio (2), murió Pitágoras en el año 497 antes de Jesucristo. Si tenía entonces ochenta años de edad, como lo quiere Heráclides, había nacido en 577; si, como lo pretenden otros escritores, vivió noventa años, remontaría la fecha de su nacimiento hasta el año de 587. Remontaría más lejos todavía si diéramos fe a las aserciones de Jámblico (3), Tzetzes (4), y de varios otros, que lo hacen vivir 100, 104, y aun 117 años.

Como todos los griegos, fue nutrido Pitágoras desde su infancia de poesía y de música. Uno de sus maestros fue un tal Hermodamas o Leodamas, más bien

(1) Porfirio, célebre filósofo neoplatónico, nacido en Batanea de Siria en el año 233 de la era cristiana, murió en Roma en 304. Es autor de una *Vida de Plotino* y de otras obras.

(2) Eusebio, obispo de Cesárea y escritor célebre (270-338). Su obra más importante es la *Reparación evangélica*, en la que reúne pasajes de más de cuatrocientos autores, que debían servir de introducción filosófica a la ciencia del evangelio.

(3) Jámblico, filósofo griego neoplatónico. Vivía en tiempo de Constantino. Es autor de una *Vida de Pitágoras*.

(4) Tzetzes, gramático griego. Vivía en Constantinopla en el siglo XII después de Jesucristo. Escribió muchas obras, entre otras un poema intitulado *Los millares*. Puede considerarse como el tipo del pedante bizantino. Pretende que Dios no ha hecho otro hombre de mejor memoria que la suya, y se vanagloria de haber hecho salir la verdad del caos.

conocido con el nombre de Creófilo, y descendiente de ese Creófilo de Samos que había tenido de huésped al mismo Homero. Ese venerable anciano fue sin duda el que inspiró a su joven discípulo el amor del gran lírico; y, durante toda su vida, halló Pitágoras supremo deleite en cantar los versos homéricos al sonido de la lira.

Tuvo también de maestro a Ferécides, quien lo inició en las disciplinas filosóficas. Ese Ferécides, contemporáneo de Tales, parece haber sido el primer filósofo griego que se atrevió a exponer su doctrina sin el auxilio de la poesía. En una obra obscura, de la cual nos quedan tan sólo algunos fragmentos, había desarrollado un sistema cosmogónico en que se esforzaba en separar los principios materiales del universo, y en distinguirlos del poder inteligente y divino que los reduce al orden. Varios escritores consideran a Ferécides como al primer filósofo que haya enseñado la inmortalidad del alma: *Pherccydes Syrius*, dice Cicerón, *primum dixit animos hominum esse sempiternos* (1).

Pero no quedó satisfecho Pitágoras con los maestros que había tenido en Samos. Una tradición bastante acreditada quiere que haya ido a Mileto, y que haya oído allí al famoso Anaximandro, quien, primero entre los griegos, enseñó a sus conciudadanos la existencia de un principio supremo que no era ninguno de los seres materiales que los rodeaban. Puede que haya germinado entonces en la mente del joven filósofo la idea de ese maravilloso sistema idealístico que estaba destinado a ejercer tan poderosa influencia sobre el pensamiento humano.

Más tarde emprendió Pitágoras viajes más importantes. Si creemos a sus varios biógrafos, habría visitado todo el mundo entonces conocido. Cicerón y Va-

(1) Tusc. I, 16.

lerio Máximo nos lo muestran en Egipto y en Persia; Estrabón y Justino, en Egipto y en Babilonia; Antifón, en su *Biografía de los hombres ilustres*, en Egipto, Caldea y Persia; Alejandro Polihistor (1), en sus *Comentarios sobre Pitágoras*, quiere que haya oído a los druidas de Galia y a los bramines de India. El alemán Gladisch nos afirma por fin que la filosofía pitagórica es idéntica con la filosofía moral de los chinos, y de allí saca la conclusión que Pitágoras visitó al Imperio Celeste y quizá recibió su filosofía de los labios del mismo Kung-fu-tse.

En su famosa obra sobre la filosofía de los griegos, Eduardo Zeller, no solamente pone en duda la verdad de tales peregrinaciones, sino que, ya que no se pueden probar con rigor matemático, las rechaza en absoluto. Quizás en esta ocasión, lo mismo que en otras muchas, se halla la verdad en el término medio. Sería sin duda temerario el transformar a Pitágoras en discípulo de Confucio, pero no lo sería menos el querer encerrarle, como a Kant, por ochenta años en su ciudad natal. Tan numerosos eran entonces los viajes de Jonia a Egipto, tan unánime el consenso de los antiguos en mostrarnos a Pitágoras en la tierra de los Faraones, que, de este viaje a lo menos, nos parece imposible dudar. Según Porfirio y Diógenes, el tirano Polícrates, que entonces reinaba en Samos, le dio, escrita de su propio puño, una carta de recomendación para Amasis, rey de Egipto.

Fue al volver de sus peregrinaciones cuando Pitágoras abrió en su patria una escuela conocida con el nombre de Hemíciclo, en la que empezó a dar al pú-

(1) Alejandro Polihistor, filósofo e historiador griego. Vivía en Roma por el año 80 antes de Jesucristo, donde fue conducido en calidad de prisionero de guerra por Sila. Fue libertado por Cornelio Léntulo, y adquirió gran renombre como erudito.

blico el sistema profundo y maravilloso que, ya desde muchos años, germinaba en su mente.

No sabemos cuánto tiempo permaneció Pitágoras en Samos, ni sabemos tampoco qué razones le indujeron a alejarse de su patria. Sabemos, sí, que el gobierno de Polícrates se volvía cada día más y más tiránico, y sospechamos que por esta razón, Pitágoras, idólatra de la libertad, a fuer de griego y de filósofo, haya pedido entonces a las colonias itálicas esa independencia de la acción y de la palabra que ya le negaba su patria.

Hacia ya dos siglos que se había fundado la primera colonia griega en Italia. En medio de las poblaciones salvajes de Sicilia, las artes, las ciencias, la civilización helénica empezaban ya a florecer. Sobre las costas del golfo de Tarento se alzaban dos ciudades ricas, poderosas, destinadas a ser dentro de poco enemigas implacables, Síbaris y Crotona. Pero la lucha terrible en la que Síbaris debía sucumbir, no había empezado; reinaba todavía la paz en la Grecia Magna, cuando, en el año de 536 antes de Jesucristo, la ciudad de Crotona recibió entre sus muros al samio Pitágoras, el cual tenía entonces cuarenta años de edad según los unos, cincuenta y seis según los otros.

Desde el primer día, Pitágoras amó a su nueva patria con toda su alma, y se esforzó en hacerla aprovechar de las lecciones de virtud y de sabiduría que había recibido de los sabios de todos los países. Anticipando ya a Platón, trató de llevar a cabo una reforma moral, religiosa y política. El éxito pareció coronar sus primeros esfuerzos. Lleno de cariño para con todos, sabio y elocuente, incluyendo en su apostolado a las mujeres y a los niños, llegó a ser en breve el ídolo de los crotoniatas. Todos escuchaban con admiración y con deleite la enseñanza pura y sencilla que brotaba de los labios del nuevo apóstol, las lecciones de virtud y de sabiduría que repetía sin cesar: *Populum in lasciviam*

viam lapsam auctoritate sua ad usum frugalitatis revocavit: laudabat quotidie virtutem (1).

Pronto llegó Pitágoras a ser considerado como un sér sobrenatural. La imaginación popular no tardó en transformarlo en semidios y en atribuirle milagros que hallamos consignados en los escritos del mismo Aristóteles. Ya se halla al mismo tiempo en Crotona y en Metaponte; ya se libra de una culebra mordiéndola; más tarde, al atravesar un río, le dirige la palabra una voz del cielo. Tiene un muslo de oro, y una vez, en Olimpia, lo exhibe delante del pueblo, y cada cual puede verlo con sus propios ojos.

¿Cómo se perdió tan extraordinaria influencia? ¿Qué serie de deplorables acontecimientos cambiaron de tal suerte la mente del pueblo, que tuvo que huir el profeta de ayer, desterrado de su nueva patria? Se ha repetido que uno de los más poderosos crotoniatas, el famoso Cilón, jefe del partido democrático, había solicitado el honor de ser miembro del orden pitagórico y que, siendo rechazada su petición, se convirtió en enemigo irreconciliable. Ni se apagó su enemistad ante la huída del filósofo. No se extinguió el odio de Cilón antes de que viera aniquilados los últimos restos del pitagorismo en Crotona.

Otras influencias contribuyeron sin duda a la impopularidad de Pitágoras. Se cree que ofendió al partido democrático, favoreciendo más y más a los aristócratas. Y si bien al principio la aristocracia pareció triunfar, no por eso se declaró vencida la democracia. Cilón y sus partidarios ocultaron con maña sus proyectos, hasta que, viendo favorable la oportunidad, se levantaron con vigor inesperado y aniquilaron a sus adversarios.

La sociedad fundada por Pitágoras, política y religiosa al mismo tiempo, pareció desde luego haber con-

(1) Justin. xx, 4.

quistado para siempre el poder supremo, pero su prestigio fue momentáneo. Además de oponerse al gobierno democrático, siempre popular entre los griegos, quiso imponer a un pueblo amante de la libertad reglas de vida tan extrañas, que muy pronto no pudieron tolerarse. Los crotoniatas ya no podían recoger lo que había caído, el comer frijoles les estaba prohibido, y nadie podía dar golpes a un perro, en los ladridos del cual se reconocía la voz del fallecido amigo.

Se cuenta que Pitágoras se valió de los medios más extravagantes para dar nuevo vigor a su debilitada influencia. Según Hermipo, hizo divulgar entre el pueblo la noticia de su propia muerte; y, habiéndose ocultado en un lugar conocido tan sólo de su madre, recibía noticias diarias de lo que pasaba en Crotona. Cuando pensó que había llegado el momento oportuno, saliendo de su escondrijo, apareció en medio de sus discípulos, pálido y enflaquecido, y les aseguró que volvía de los infiernos. No pudieron dudar de su palabra, pues les contaba con toda exactitud lo que había pasado en Crotona durante su ausencia, de modo que otra vez lo proclamaron dios.

Sea o no un cuento esta narración de Hermipo, el hecho es que, hacia el año de 450 antes de Jesucristo, cuando se hallaban ya reunidos los pitagóricos más notables en casa de Milón, pegaron fuego a la casa los partidarios de Cilón, y perecieron los últimos defensores del pitagorismo, con la excepción de Arquipo y de Lisis, que tuvieron la buena fortuna de escapar. Según algunos, pereció allí el mismo Pitágoras, animando a sus discípulos hasta el supremo momento. Lo más probable, sin embargo, es que el fundador del pitagorismo no vio con sus propios ojos la ruina de su amada sociedad. Al desvanecerse su influencia en Crotona, se retiró a Metaponte, y murió allí, cerca de cinco lustros antes de la catástrofe que dio a su obra mimada

el golpe fatal. Piensan algunos que se dejó morir de hambre.

No sabemos casi nada de la vida privada de Pitágoras. Según Porfirio, se habría casado en Creta con una hija de Pitanax, llamada Teana, famosa más tarde entre las mujeres pitagóricas. De esta unión habrían nacido dos hijos, el uno llamado Telauges, que llegó a ser maestro de Empédocles, el otro llamado Arimnesto, que llegó a ser maestro de Demócrito; y una hija llamada Myía, que fue esposa de Milón.

Nueva York, mayo de 1917.

JOSÉ LUIS PERRIER
Colegial honorario.

LIBROS Y FOLLETOS

De vez en vez, queridos amigos míos me favorecen enviándome para que los lea, libros interesantes, cuya sana doctrina me pone en el trance de decir si quiera dos palabras que expresen mi gratitud y la satisfacción que experimento al recibirlos.

Ha sido ayer cuando mi muy querido compañero de academia y de periodismo don José M. Pérez Sarmiento, hablándome del intenso desarrollo cultural de la gran República de Colombia, a la que amo porque deshizo la injusticia, que la posteridad cometió con el navegante insigne que descubriera el nuevo mundo, y porque digna, serena y valiente, rememorando lejanas epopeyas de la raza hispana se ha atrevido a medirse con el coloso que desgarró su nacionalidad, hablándome repito, de la copiosa cantidad de libros que se editan en su patria, puso en mis manos un libro donde, un sacerdote modesto, pero de preclaro concepto en los países hispano-americanos, ha recopilado los sermones y discursos más escogidos pronunciados durante su laboriosa vida de más de medio siglo.